



03/El acompañamiento de Jesús a los familiares de los enfermos

Carlos Gil Arbiol,
Profesor titular. Universidad de Deusto. Bilbao.

El acercamiento a los textos bíblicos, especialmente evangélicos, es siempre una aventura con una buena dosis de suspense: si leemos bien no podemos anticipar cuál es el resultado, a qué nos va a impulsar el texto. Los relatos de curaciones de Jesús no son una excepción: su lectura puede sorprendernos. Los relatos de curación o exorcismo realizados por Jesús en los evangelios revelan de algún modo el entorno familiar y social y en no pocos este entorno tiene mayor protagonismo que el propio enfermo (la suegra de Simón en *Mc 1,29-31*, los que portan al paralítico en *Mc 2,1-12*, el poseído de Gerasa en *Mc 5,1-20*, el ciego y el sordomudo de Betsaida en *Mc 7,31-37 y 8,22-26*, el ciego de Jericó en *Mc 10,46-52*, etc.). En algunos casos, además, este entorno incluye la presencia de los familiares del enfermo o enferma, especialmente en aquellos pasajes en los que Jesús cura a niños o jóvenes (la hija de Jairo, la hija de la sirofenicia, el hijo epiléptico, etc.). Sería ingenuo, o quizá peor, forzado o anacrónico, buscar en estos personajes familiares referencias directas para las personas que hoy cuidan aquí a nuestros enfermos. Esto no quiere decir que no tengan nada que decirnos, sino que el relato no está escrito pensando únicamente en ellos, sino en todos los lectores. No obstante, la perspectiva que tiene el cuidador de un enfermo le sitúa en un lugar privilegiado para comprender algunas claves fundamentales del mensaje de Jesús en estos textos. Vamos a hacer una lectura narrativa¹ de algunos de estos relatos del Evangelio de Marcos con el lema que orienta estas jornadas de Pastoral de la salud, “Acompañar a la familia en la enfermedad”, es decir, con la mirada, las preguntas, los miedos y esperanzas de las personas que acompañan a los enfermos, no para responder a nuestras preguntas y necesidades inmediatas, sino para dejarnos impactar por su mensaje. Y vamos a centrarnos en tres relatos del evangelio de Marcos en los que el entorno familiar del enfermo o poseído tiene un papel muy relevante para descubrir el mensaje de Jesús: (1) La revivificación de la hija de Jairo con la curación de la mujer con flujo de sangre (relato doble: *Mc 5,21-43*); (2) la mujer sirofenicia (*Mc 7,24-30*); (3) el padre del niño “epiléptico” (*Mc 9,14-29*).

Palabras clave: Familia, Enfermo, Acompañar, Jesús.

The stories of healing or exorcism performed by Jesus in the Gospels reveal in some way the family and social environment, and in many cases this environment has a greater role than the sick himself (the mother of Simon's wife in *Mk 1:29-31*; the healing of a cripple man in *Mk 2:1-12*; a man with evil spirits in *Mk 5:1-20*; the deaf-mute of Bethsaida in *Mk 7:31-37 and 8:22-26*; the blind of Jericho in *Mk 10:46-52*, etc.). Furthermore, in some cases this environment includes the presence of the sick person's relatives, especially in those passages in which Jesus heals children or young people (the Jairus' daughter, the Syro-Phoenician daughter, the epileptic son). It would be naive or, perhaps worse, unnatural or anachronistic, to see those characters as direct references to the people who take care of our patients here and now. This does not mean those accounts have nothing to tell to us, but quite the opposite. The story is not written thinking only of them, but of all the readers. However, the perspective of the caregiver of a patient places him in a privileged place to understand some essential keys of the message of Jesus in these texts. We will address the narrative reading of some of these stories from the Gospel of Mark around the theme that guides these Health Pastoral Days, “Accompanying the Family in Sickness” by focusing on the questions, fears and hopes of the people who accompany the sick. Our intention is not to respond to our immediate questions and needs, but to allow ourselves to be exposed to the message. We will focus on three stories of the Gospel of Mark, in which the family environment of the sick or possessed plays a very important role in discovering the message of Jesus: (1) the raising of Jarius daughter, the healing of the bleeding woman (double story: *Mk 5:21-43*); (2) the Syro-Phoenician woman (*Mk 7:24-30*); (3) the father of the “epileptic” child (*Mk 9:14-29*).

Key words: Family, Sick, Accompanying, Jesus.

1/

Jairo y sus problemas con su hija (Mc 5,21-43 [25-34])

El primero de los tres textos que vamos a leer es un relato de curación contenido dentro de otro, inicialmente también de curación, que se convierte en una revivificación de una joven; ambas historias tienen en común que son de mujeres impuras (por la sangre y la muerte), que tras un tiempo de 12 años su vida se ha agotado y que ambas terminan siendo capaces de generar nueva vida. Esta estructura es típica de Marcos (“sándwich”) y subraya la importancia del relato central (curación de la mujer con flujo de sangre) para comprender el que lo rodea (revivificación de la hija de Jairo). Leamos el texto:

Jesús pasó de nuevo en la barca a la otra orilla y se aglomeró junto a él mucha gente. Él estaba a la orilla del mar. Llegó entonces uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, que, al verle, cayó a sus pies, y le suplicaba con insistencia:
«Mi niña está a punto de morir; ven,

impón tus manos sobre ella, para que se salve y viva». Jesús se fue con él. Le seguía un gran gentío que lo oprimía.

Entonces, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, y que había sufrido mucho con muchos médicos y había gastado todos sus bienes sin provecho alguno, antes bien, yendo a peor, habiendo oído lo que se decía de Jesús, se acercó por detrás entre la gente y tocó su manto. Pues decía: «Si logro tocar aunque sólo sea sus vestidos, me salvaré». Inmediatamente se le secó la fuente de sangre y sintió en su cuerpo que quedaba sana del mal.

Al instante Jesús, dándose cuenta de la fuerza que había salido de él, se volvió entre la gente y decía: «¿Quién me ha tocado los vestidos?» Sus discípulos le contestaron: «Estás viendo que la gente te oprime y preguntas: ‘¿Quién me ha tocado?’» Pero él miraba a su alrededor para descubrir a la que lo había hecho. Entonces, la mujer, viendo lo que le había sucedido, se acercó atemorizada y temblorosa, se postró ante él y le contó toda la verdad. Él le dijo: «Hija, tu confianza te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad».

Mientras estaba hablando, llegaron unos de la casa del jefe de la sinagoga diciendo: «Tu hija ha muerto. ¿A qué molestar ya al Maestro?» Jesús, que oyó el comentario, dijo al jefe de la sinagoga: «No temas; solamente confía». Y no permitió que nadie le acompañara, a no ser Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago*. Llegaron a la casa del jefe de la sinagoga y observaron el alboroto, unos que lloraban y otros que daban fuertes gritos. Jesús entró y les dijo:

«¿Por qué alborotáis y lloráis?
La niña no ha muerto; está dormida».

1. No vamos a abordar, por tanto, la relación del Jesús terreno con los familiares de las personas que curó, que exigiría un enfoque, presupuestos y desarrollo diferente. Vamos a cercarnos a los relatos de curación como narración; vamos a fijarnos en los personajes, la trama, las alusiones espaciales y temporales, etc. Cf. David M. Rhoads, Joanna Dewey y Donald Michie, Marcos como relato: introducción a la narrativa de un evangelio (Salamanca: Sígueme, 2002).

Los presentes se burlaban de él. Pero él, después de echar fuera a todos, tomó consigo al padre de la niña, a la madre y a los suyos, y entró donde estaba la niña.

Tomó entonces la mano de la niña y le dijo: «Talitá kum*», que quiere decir: «Muchacha, a ti te digo, levántate». La muchacha se levantó al instante y se puso a andar, pues tenía doce años. Quedaron fuera de sí, llenos de estupor; él, por su parte, les insistió mucho en que nadie lo supiera. Después les dijo que le dieran de comer.

Jairo es un personaje que puede despistar; los datos que da Marcos son ambiguos y se prestan a diversas lecturas. En primer lugar, sólo se le llama “Jairo” al inicio; el resto del relato es llamado “archisinagogo”. Esta insistencia (“uno de los jefes de la sinagoga”) recuerda la última sinagoga que Jesús había visitado, en Cafarnaún probablemente, donde le habían sentenciado a muerte (cf. Mc 3,1-6).

En segundo lugar, llama a su hija “hijita/niñita” (θυγάτριον); parece un signo de cercanía y cariño, pero es un término infantil que no responde a la edad de la muchacha (“tenía 12 años”, 5,42); Jairo debería usar otro modo de hablar de ella más acorde a su madurez (como hace Jesús, por ejemplo, llamándola “muchacha”, o “hija”), pues estaba ya en condiciones de ser casada, pero su padre parece no aceptarlo.

Por último, Jairo le pide a Jesús que le “imponga las manos” (ἐπιτίθημι τὰς χεῖρας); de nuevo parece una muestra de confianza en Jesús, pero también es un gesto de distancia, que Marcos presenta en contextos de magia (Mc 7,32; 8,23) o de falta de fe (Mc 6,5), y que hace responsable a Jesús de la curación de la hija y que contrasta con el que va a tener la mujer con flujo de sangre que se atreve a “tocar” a Jesús².

Estos datos sugieren que Jairo es presentando,

veladamente, como un personaje religioso y observante de la pureza, que guarda distancia con la enfermedad como si fuese algo que no va con él sino con Jesús (a quien le pide una curación mágica) y que mantiene una relación paternalista con la hija enferma.

Como vamos a ver, la mujer con flujo de sangre, una mujer impura y excluida, le enseñará al “jefe de la sinagoga”, el puro y religioso, cómo acercarse a Jesús. Y éste la trata como “hija adulta” (θυγάτηρ), no como “niñita”, respeta su libertad y autonomía, incluso en sus transgresiones, y le da la vida. Lo que esta mujer con flujo de sangre enseña a Jairo es cómo salvar a su hija y que viva.

Efectivamente, el inicio del relato de la curación de la hija de Jairo queda suspendido mientras van de camino; es un ejercicio típico del narrador Marcos y nos indica que, para él, lo que ocurre en esta aparente interrupción es la clave de la historia de Jairo: tenemos que comprender qué le ocurre a esta mujer enferma (Mc 5,25-34) para descubrir lo que sucede en “casa del archisinagogo” (5,38).

La descripción inicial de la mujer con flujo de sangre (5,25-27) es muy detallada y enfatiza el aspecto dramático de su situación: mujer anónima, ritualmente impura (toda persona, varón o mujer, que presenta flujos continuos), excluida de la comunidad religiosa debe vivir aislada, se ha empobrecido pagando a médicos, ha empeorado a pesar de todo.

Se la presenta abocada a la desesperanza: nada malo ha hecho voluntariamente, nada que sea moralmente reprobable, y ha sido excluida; la sanción religiosa del Levítico, que presenta a Dios pidiendo estas exclusiones, hace que sea prácticamente imposible cambiar esa situación; da la impresión de que no hay nada que hacer contra las exclusiones injustas, ni contra los fraudes y engaños; el mal parece triunfar sobre tantas víctimas como ella. El texto refleja situaciones que nos resultan muy cercanas.

2. Mateo hace así cuando cambia “le presentaban unos niños para que los tocara” de Mc 10,13, por “le fueron presentados unos niños para que les impusiera las manos” en Mt 19,13. En el reciente discurso a los obispos de Colombia, el 7 de septiembre, el papa les decía: “Los invito a no tener miedo de tocar la carne herida de la propia historia y de la historia de su gente”; cf. http://m.vatican.va/content/francescomobile/es/speeches/2017/september/documents/papa-francesco_20170907_viaggioapostolico-colombia-vescovi.html (acceso: 12/09/2017).

3. En cuanto zâbâ (persona, varón o mujer, que presenta flujos continuos), esta mujer había sido puesta en cuarentena, como era costumbre (11QTemplo 45,7-17; Josefo, Antigüedades 3,261; mNid 7,4). Estas restricciones a mujeres menstruantes se fundaba en el miedo que surge al pensar que la sangre contiene la vida (Lv 17,1-14; Dt 12,23). Cf. Joel Marcus, El Evangelio según Marcos 1,1-8,21: nueva traducción con introducción y comentario (Salamanca: Sígueme, 2010), 410-411.

LH n.320

En estas circunstancias Marcos nos cuenta que la mujer decide “tocar” a Jesús. Y tiene mucha importancia el tema de tocar; la mujer piensa que con sólo tocar la ropa de Jesús sanará.

Efectivamente, existía tal creencia: el efecto sanador del contacto con los vestidos de un hombre santo, incluso sin su conocimiento, era una idea extendida en el contexto cultural del Mediterráneo que Marcos recoge en **Mc 6,56** y Lucas en **Hch 19,12** (donde se dice que algunas prendas que Pablo había tocado tenían poder curativo).

Pero también existía, curiosamente, otra creencia diferente. Muchos pensaban que el contacto de una menstruante podía destruir el poder milagroso de una persona carismática.

Una anécdota contada en **Hekhalot Rabbati** (texto rabínico del siglo III d.C.) cuenta la historia de un rabino que está realizando un viaje celestial, vinculado con el mundo de lo mágico, pero se le obliga a regresar a la tierra porque otro rabino rival le coloca sobre sus rodillas un trozo de tela que había rozado a una mujer menstruante⁴.

Así que, en realidad, lo que plantea aquí Marcos para los lectores de su tiempo es una especie de suspense o intriga: ¿qué podrá más, la impureza de la mujer para anular a Jesús o el poder de Jesús para sanar a la mujer?

¿Qué es más fuerte, lo impuro o lo puro, la enfermedad o la salud? El desarrollo de la acción resuelve esta cuestión.

La mujer podía haber optado, como en el caso del ciego Bartimeo, por llamar a Jesús para que se le acercara y evitar así contaminar a la multitud a escondidas, sin que se enteren. Podía haberlo hecho mucho más fácil, pero lo hace del modo difícil, y eso plantea preguntas al lector.

Se trata de una decisión impropia, audaz y arriesgada (similar al de la mujer siriofenicia de **7,24-30** o al de la mujer pecadora de **Lc 7,36-50**).

Se expone a que se descubriera su atrevimiento (salir de su confinamiento) y que las represalias fueran mayores (**Lc 15,31**: “mantendréis alejados a los israelitas de sus impurezas para que no mueran por contaminar con ellas mi morada, que está en medio de ellos”).

Sin embargo, su estrategia da el fruto que ella quería: “Inmediatamente, se secó la fuente de sangre y sintió que su cuerpo quedaba sana del mal” (**5,29**).

De modo que la mujer, en vez de contaminar a Jesús y dejarle sin poder, es curada: Jesús ha resultado ser más fuerte que la impureza/enfermedad de la mujer. Esta valoración parece ser la clave de este relato y de la relación del creyente con Jesús: creer, confiar que, a pesar de todas las opiniones o evidencias, el bien, la vida que personifica Jesús es lo más fuerte, lo que termina imponiéndose...

Su curación ha dejado en evidencia que la atrevida, audaz idea de la mujer era cierta: su impureza/enfermedad no ha contaminado a Jesús dejándole incapaz, sino que ella se ha curado.

Ella creía, confiaba, que su impureza, el mal, no podía triunfar contra Jesús, el bien, y ha acertado. Todos los demás la habían excluido y apartado porque creían que su enfermedad contaminaba, que el mal es más fuerte que el bien; esta mujer ha demostrado que no.

En el momento crucial del relato el foco de atención cambia de la perspectiva de la mujer (**5,25-29**) a la de Jesús (**5,30-34**), que mira alrededor buscando a la mujer; esto desencadena dos reacciones: la de los discípulos y la de la mujer. Los discípulos intervienen con impertinencia: “Estás viendo que la gente te oprime y preguntas ‘¿quién me ha tocado?’” (**5,31**); Marcos los presenta incapaces de entender lo que ocurre, ridiculizando a Jesús.

La mujer, sin embargo, se adelanta y se arroja a los pies de Jesús contándole “toda la verdad”

4. Cf. Marcus, El Evangelio según Marcos 1,1-8,21, 412.

La confianza fundamental en un mundo mejor es lo que salva, lo que hace un mundo que se parece a Dios, no al revés

(5,33). No se aclara cuál es el contenido de esta declaración, pero parece sugerirse que le cuenta toda su historia de sufrimiento, especialmente lo referido a su decisión de acercarse a escondidas a Jesús rompiendo su exclusión, contaminando a todos los presentes y arriesgándose a contaminar a Jesús y anular su poder para curar.

Cuando ella confiesa lo que ha hecho, su transgresión, el riesgo que ha corrido y su confianza en que nada podía contra Jesús (que el bien siempre es más fuerte que el mal), entonces, Jesús hace dos cosas: primero, la llama “hija”, que contrasta con su anterior condición de mujer impura y excluida.

Con ello, Jesús aprueba lo que ha hecho, su valentía para romper las exclusiones, su total confianza en que la fuerza de Jesús es más fuerte que cualquier injusticia. De este modo la convierte en testigo, ejemplo de confianza en Jesús: ahora está en medio como ejemplo para todos los presentes, especialmente para Jairo el “archisinagogo”.

Y, segundo, le dice: “tu confianza te ha salvado” (**5,34**; se repite en el caso del ciego Bartimeo, **Mc 10,52**). Es muy interesante que se subraye que es la confianza en Jesús lo que salva a la mujer y no al revés, que la curación le da la confianza/fe, que es lo que tendemos a pensar⁵.

Es la confianza en que Jesús no acepta exclusiones ni rendiciones, en que Jesús no aprueba marginaciones ni clasificaciones de personas, en que el mal, la injusticia o la exclusión nunca podrán imponerse sobre la justicia y el bien; esa confianza fundamental en un mundo mejor es lo que salva, lo que hace un mundo que se parece a Dios, no al revés⁶.

Esta afirmación rotunda de Jesús cambia toda la perspectiva: resulta que la mujer ha quedado sana, no porque la fuerza sanadora de Jesús sea mayor que la impureza de la mujer, sino porque esta mujer ha confiado en Jesús, en su capacidad de sanar. La fuerza de Jesús reside, pues, no en sí mismo, sino en quien confía en él. Podríamos

decir que Jesús solo la ha “curado”, y que ha sido la fe de la mujer, su confianza en Jesús para romper exclusiones y construir justicia, lo que la ha hecho “hija”, lo que la ha “salvado” para que viva.

Esta es la enseñanza que debe aprender Jairo, que le había pedido erróneamente a Jesús que él “salve” a su “niñita” para que “viva”. El “archisinagogo” debe comprender que no es Jesús quien mágicamente impone la salud sobre la enfermedad; la “vida” que pide Jairo para su hija depende de la confianza que Jairo tenga en Jesús que se debe expresar en gestos, decisiones, actuaciones que, como la mujer, cambien la muerte que nosotros extendemos en vida de Dios.

La impura pero valiente mujer con flujo de sangre le muestra al puro y religioso “archisinagogo” cómo lograr que su hija viva: debe confiar que Jesús es más fuerte que cualquier idea religiosa que excluye o margina, y esa confianza le debe llevar a salir de la penumbra y marginalidad que crea la enfermedad en el enfermo y en todo su entorno, a “contar toda la verdad”, a descubrir el propio protagonismo en este camino de liberación.

En otras palabras, debe descubrir que no es Jesús quien salva a su hija mágicamente, sino que debe ser él quien, por la fuerza que le da Jesús (la confianza en él), dé vida a su propia hija. El resto del relato cuenta cómo⁷ Jesús le pide al “archisinagogo” que confíe: “solamente confía” (μόνον πιστεύε, **5,36**).

La descripción de la escena de muerte en la “casa del archisinagogo” (**5,38-41**) es una detallada presentación de la vida familiar de quien vive sin confiar: el llanto, la amargura, la desesperación. Jesús rechaza radicalmente ese modo de vida (se ríen de él por ello): la confianza que pide Jesús se debe imponer por encima de costumbres, de presiones sociales, de lógicas adquiridas, de inercias familiares, incluso de prejuicios religiosos que hagan creer que la vida depende de azares o fuerzas ocultas o mágicas.

5. Hay una diferencia entre Marcos (y los sinópticos) y el resto de relatos de curación helenísticos (incluido Jn): en este relato la fe, la confianza, conduce al milagro mientras que en otros es al revés, el milagro conduce a la fe, a la confianza (Jn 1,50; 21,11...); cf. Marcus, El Evangelio según Marcos 1,1-8,21, 415.

6. No existe un paralelo judío claro de que la fe salva (apenas hay sugerencias en la literatura apocalíptica de que, si una persona confía y actúa en consecuencia, serán rescatadas al final por Dios). Esta idea de que la fe salva parece una originalidad de los primeros seguidores de Jesús, especialmente de la tradición paulina (Rom 1,16; 10,9-10; 1Cor 1,29...) y Lucas (Lc 8,12; Hch 14,9; 15,11...); cf. Marcus, El Evangelio según Marcos 1,1-8,21, 415.

7. Cf. St 5,15: “Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si ha cometido pecados, le serán perdonados”.

El último gesto de Jesús, delante de su padre y su madre, es tocarla, tomarla de la mano y llamarla “muchacha/joven” (χοράσιον, ὑλιῆς).

Hace bien las dos cosas que su padre había hecho mal al inicio: Jairo la llamó “niñita”, como queriendo retenerla para sí, cuando estaba en la edad de independizarse (“tenía doce años”, 5,42) y la trató como enferma a la que curar con recursos mágicos en vez de con cercanía y reconocimiento. Jesús, sin embargo, la coge de la mano, le devuelve su edad, su independencia, y ella responde positivamente. Jesús se la devuelve a sus padres que deben aceptar esta transformación (de “niñita” a “muchacha joven”) y devolverle su autonomía.

Así, ambas mujeres han vuelto a vivir porque su entorno (su familia y sus relaciones) las ha considerado mujeres dignas, autónomas, libres, y no ha dejado que ninguna costumbre, inercia, tradición o prejuicio sobre su situación de enfermedad las reduzca a “enfermas” o “marginadas” o “menores”, o cualquier cosa menos de lo que son como personas. Jesús ha dado al entorno de estas mujeres la fuerza de devolverles la vida.

Aunque no sea el objetivo principal del relato, este texto nos ofrece claves sobre el modo de acercarse Jesús al mundo del enfermo.

Acompañar la enfermedad como Jesús es descubrir los miedos, prevenciones, prejuicios (sobre todo religiosos) sobre la enfermedad; ponerse en la piel del que sufre, de la víctima de la exclusión (especialmente de la persona marginada por motivos religiosos y culturales); cultivar la confianza de que ni el sufrimiento ni la injusticia los quiere Jesús; desarrollar la valentía para enfrentarse a todas las exclusiones (la de ser mujer, enferma, desgraciada o incapaz-inmadura) y negarse a aceptar la discriminación y el confinamiento; educar esta confianza capaz de hacer milagros, el milagro de construir el mundo que Dios quiere.

2/

La mujer siriofenicia (Mc 7,24-30)

En otro pasaje con ciertas similitudes, Marcos nos narra la historia de una madre que busca sanar la posesión de su hija, **Mc 7,24-30**.

Y partiendo de allí, se fue a la región de Tiro, y entrando en una casa quería que nadie lo supiese, pero no logró pasar inadvertido, sino que, en seguida, habiendo oído hablar de él una mujer, cuya hija estaba poseída de un espíritu inmundo, vino y se postró a sus pies. Esta mujer era griega, sirofenicia de nacimiento, y le rogaba que expulsara de su hija al demonio.

Él le decía: «Espera que primero se sacien los hijos, pues no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perros». Pero ella le respondió: «Sí, Señor; que también los perros comen bajo la mesa migajas de los niños». Él, entonces, le dijo: «Por lo que has dicho, vete; el demonio ha salido de tu hija». Volvió a su casa y encontró que la niña estaba echada en la cama y que el demonio se había ido.

Marcos nos narra este pasaje para transmitir la idea de que el poder de Dios no tiene fronteras, que hay que superar el exclusivismo o sectarismo. Otros autores del NT también nos transmiten esta idea del Dios sin fronteras⁸; pero esta es una historia complicada que plantea más problemas que soluciones; resulta un modo extraño de afirmar que la buena noticia de Jesús se abre a todos.

8. Ideas semejantes a Pablo: Rom 1,16 y Rom 11 subraya que Jesús vino primero para los judíos, pero también para los gentiles. En 1Re 17,8-16 Elías realizó un milagro a una mujer gentil en Tiro.

Este relato tiene muchas relaciones con el de la hemorroisa que hemos visto antes (5,25-34): son mujeres valientes, ritualmente impuras, que han oído hablar de Jesús, ambas reciben de Jesús lo que buscaban aunque era a primera vista muy difícil, y ambas están relacionadas con una muchacha joven (hija propia o la de Jairo).

La historia comienza cuando Jesús entra en una casa pagana, lo que suponía una impureza para un judío (7,24); pero a él parece no importarle. Allí acude una mujer que “oye hablar de Jesús” y se arrodilla ante él, como signo de abajamiento y de reconocimiento de Jesús. Si ha oído que Jesús, siendo judío, tiene esa libertad para entrar en casa de un gentil, habrá pensado que se mostrará dispuesto a atenderla, aun a pesar de ser mujer pagana.

La petición es por su hija, no por ella; pero toda la familia está implicada en la “posesión” de su hija. Según, la antropología cultural, lo que pensaba todo el mundo en esas ocasiones de posesión de un adolescente es que esa familia tenía serios problemas internos⁹.

Sin embargo, la respuesta de Jesús (7,27) es sorprendente y, aparentemente, insultante; llamar a alguien “perro”, por mucho que se diga en diminutivo, es hiriente y ofensivo¹⁰. Refleja una postura radical de etnocentrismo, como pensaban muchos judíos del tiempo de Jesús.

Pero, ¿cómo se casa el hecho de que Jesús haya entrado voluntariamente en casa de un pagano impurificándose y responda así a una mujer que, humildemente, le pide ayuda? ¿No había afirmado Jesús en **Mc 2,22** que el vino nuevo necesita odres nuevos? ¿No había dicho Jesús que no necesitan médico los sanos sino los enfermos...? La razón de presentar así a Jesús en esta escena es, probablemente, para crear tensión y ensalzar la reacción de la madre de la niña.

El motivo de mujeres sabias que cambian la mente de un sabio está presente en la literatura judía¹¹. Esta mujer se presenta, entonces, a sí

misma y a su hija como perros (7,28); acepta la respuesta aparentemente ofensiva de Jesús y la devuelve en un gesto de auto-humillación (autoestigmatización), que acepta esa etiqueta negativa y la presenta como si fuera positiva: se abaja y humilla todavía más que al inicio (que se arrodilla: 7,25), pero lo hace de un modo valiente y atrevido, casi desafiando a Jesús.

Jesús le había llamado “perra” a su hija (y a ella por extensión) y ella lo acepta; pero, además, lo intensifica, le da un nuevo sentido positivo haciéndole ver a Jesús que hasta los perros pueden comer con los niños en armonía sin que falte nada a estos. Con esta respuesta, la mujer anticipa lo que va a ocurrir en la comida de multitud que se narra inmediatamente: ella sí cree que con siete panes se puede dar de comer a una multitud (al contrario que los discípulos, que no lo creen: 8,4.19-20).

La reacción siguiente de Jesús (7,29) cambia radicalmente su postura inicial “por lo que ha dicho” la mujer: acepta expulsar al “demonio” de su hija a distancia. La respuesta de la mujer es un anticipo de lo que va a hacer Jesús en la cruz, un ejemplo de atrevimiento y de abajamiento ante el otro: esta actitud que ensalza al otro, aunque su razón sea débil o su posición de poder, en realidad, resulta mucho más poderosa.

La muerte de Jesús parecía la victoria del poder que se impone; pero a la larga, la actitud de Jesús resulta victoriosa.

La mujer sirofenicia parece que le ha ayudado a Jesús a descubrir una clave importante del reino de Dios: la imposición o la fuerza, el desprecio o la prepotencia solo tienen fuerza histórica a muy corto plazo; a la larga, lo que triunfa es el amor al otro, su reconocimiento y su valor. Jesús, a partir de este momento en el Evangelio de Marcos, comenzará los tres anuncios de su pasión y muerte (8,31; 9,30; 10,32) y el camino a Jerusalén donde lo matarán.

Esa mujer, la madre de una enferma, le ha enseñado a Jesús su camino.

9. Cf. Esther Miquel Pericás, Jesús y los espíritus (Salamanca: Sígueme, 2009), 29-81; Ioan M. Lewis, Ecstatic religion : a study of shamanism and spirit possession (London: Routledge, 1989).

10. El uso del diminutivo κυναγίως “perros” es indistinguible de la forma plural normal (κύνες, plural de κύων). Para decir “perritos” se hubiera utilizado el término κυνίδιον. Llamarle a una persona “perro” era un insulto; vivían fuera de las ciudades y se alimentaban de carroña; quizá a los que se refiere sean domésticos, pero el desprecio sigue siendo evidente; cf. Marcus, El Evangelio según Marcos 1,1-8,21, 542-543.

11. 2Sam14 cuenta la historia de una mujer sabia de Tecoa que logra cambiar al rey David para que retire la orden de destierro sobre Absalón; en el Talmud (bErub 53b) una mujer sencilla convence a un rabino rabino y este afirma: “no ha habido nunca nadie que haya logrado lo mejor de mí, a no ser una mujer, un muchacho o una muchacha”; cf. Marcus, El Evangelio según Marcos 1,1-8,21, 544.

Se ha producido un cambio mutuo: Jesús ha logrado abrir los ojos de la mujer a una realidad más allá de sí misma (a descubrir que la entrega personal es más poderosa que la imposición); y ella ha mostrado a Jesús las posibilidades de lo inesperado, de la entrega y el abajamiento.

Quizá podríamos descubrir una clave importante del acercamiento a los familiares de personas enfermas: se trata de un encuentro en el que todos salen cambiados. Podemos ir, a veces, al enfermo (o a su familia) con recetas, soluciones y respuestas que, quizá sin quererlo, pueden resultar hirientes.

La valentía de quienes desafían las respuestas y etiquetas negativas tiene un poder sanador, porque puede ayudarnos a sanar nuestros prejuicios, nuestras falsas certezas, nuestras estrechas visiones del mundo. Quien sufre por la enfermedad o porque acompaña y sufre al enfermo, puede tener la capacidad de hacernos descubrir la verdad de Dios, como la madre de la hija poseída a Jesús.

La enfermedad y su acompañamiento se muestran en este pasaje como un aprendizaje de la mirada: aprender a ver más allá de lo evidente y aparente; descubrir que siempre hay posibilidades inéditas que ofrecen esperanza, especialmente cuando renunciamos a nuestros propios prejuicios.

3/

El padre del niño epiléptico (Mc 9,14-29)

Al llegar junto a los discípulos, vio a mucha gente que les rodeaba y a unos escribas que discutían con ellos. Toda la gente, al verle, quedó sorprendida y corrieron a saludarle. Él les preguntó: «¿De qué discutís con ellos?» Uno de entre la gente le respondió: «Maestro, te he traído a mi hijo que tiene un espíritu mudo y, dondequiera que se apodera de él, le derriba, le hace echar espumarajos, rechinar de dientes y le deja rígido. He dicho a tus discípulos que lo expulsaran, pero no han podido».

Él les responde: «¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? ¡Traédme!» Y se lo trajeron. Apenas el espíritu vio a Jesús, agitó violentamente al muchacho y, cayendo en tierra, se revolcaba echando espumarajos. Entonces él preguntó a su padre: «¿Cuánto tiempo hace que le viene sucediendo esto?»

Le dijo: «Desde niño. Y muchas veces le ha arrojado al fuego y al agua para acabar con él; pero, si algo puedes, ayúdanos, compadécete de nosotros». Jesús le dijo: «¡Qué es eso de si puedes! ¡Todo es posible para quien confía!» Al instante gritó el padre del muchacho: «¡confió, ayuda mi desconfianza!» Viendo Jesús que se agolpaba la gente, increpó al espíritu inmundo, diciéndole: «Espíritu sordo y mudo,

Su modo de estar con el que sufre, con la víctima, es no sólo a acompañar en silencio y acogida sinoayudando a abrir los ojos más allá de lo evidente, enseñándole un nuevo modo de ver el mundo

yo te lo mando: sal de él y no entres más en él». Y el espíritu salió dando gritos y agitándole con violencia. El muchacho quedó como muerto, hasta el punto de que muchos decían que había muerto.

Pero Jesús, tomándole de la mano, le levantó y él se puso en pie. Cuando Jesús entró en casa, le preguntaban en privado sus discípulos: «¿Por qué nosotros no pudimos expulsarle?» Les dijo: «Esta clase con nada puede ser arrojada sino con la oración».

En este texto, otro personaje secundario, el padre de un niño enfermo, se acerca a Jesús; como en el caso de la mujer sirofenicia, debemos recordar lo que un contemporáneo de Jesús pensaba cuando a un niño se le diagnosticaba posesión: su comportamiento excéntrico revelaba un conflicto familiar.

Hoy el comportamiento del niño nos recuerda a un ataque epiléptico, pero entonces no tenían conocimiento de medicina para ese diagnóstico; lo que veían era unos comportamientos anormales e inexplicables (“le derriba, le hace echar espumarajos, rechinar de dientes y le deja rígido”, “muchas veces le ha arrojado al fuego y al agua para acabar con él”).

La presentación del padre (9,17-18) tiene una nota de autosuficiencia e impertinencia; toma la palabra cuando no se la dan, habla en nombre de la multitud reunida y en un tono despectivo echando en cara a los discípulos que no han podido curar a su hijo (“He dicho a tus discípulos que lo expulsaran...”).

Esta presentación contrasta con la del final (“ayuda a mi desconfianza”, 9,24). De hecho, el padre de este niño va a moverse entre la confianza y la desconfianza, entre la fe y la incredulidad; esta ambigüedad es parte del relato¹².

La curación está precedida de un diálogo entre Jesús y el Padre.

El niño parece, más bien, una “excusa”, una ocasión para que el milagro ocurra al padre (como la mujer sirofenicia). La pregunta “¿cuánto tiempo hace que le viene sucediendo esto?” (9,21) parece una pregunta superflua cuando el niño está retorciéndose en el suelo, como si Jesús no tuviera corazón.

Pero el objetivo, como se descubre a continuación, es implicar al Padre, el verdadero necesitado de curación. Esa pregunta obliga al padre a hacer memoria, a contarle a Jesús la historia de dolor del hijo, que es la suya propia, una historia marcada por la duda: “pero si algo puedes, ayúdanos, compadécete de nosotros” (9,22).

Con ello Jesús ha logrado que el padre se implique y pida ayuda no solo para el hijo, sino para los dos (“ayúdanos”, “compadécete de nosotros”); Jesús ha logrado que el Padre reconozca que esa historia de dolor es la suya.

El diálogo de Jesús con el Padre todavía se demora más, resultando más insensible en apariencia; Jesús le replica con una extraña frase “¿qué es eso de si puedes! ¡Todo es posible para quien confía!” (9,23). Lo esperado para el lector es que Jesús se compadezca inmediatamente, que su corazón se sienta invadido por el dolor del padre y por su petición angustiosa; sin embargo, Jesús no entra en ese juego.

Su modo de estar con el que sufre, con la víctima es no sólo acompañar en silencio y acogida (como en el caso de la suegra de Pedro de 1,29-31, o la viuda pobre de 12,40-42) sino ayudando a abrir los ojos más allá de lo evidente, enseñándole un nuevo modo de ver el mundo.

Eso es lo que hace Jesús aquí, porque la respuesta aparentemente impertinente e insensible de Jesús al padre logra que este responda de un modo que no había hecho en todo el relato: “¡confío, ayuda mi desconfianza!” (9,24).

En este momento el padre ha pasado a hablar en primera persona del singular; ha reconocido que es él el que necesita la ayuda de Jesús,

12. Cf. Joel Marcus, El Evangelio según Marcos 8,22-16,8: nueva traducción con introducción y comentario (Salamanca: Sígueme, 2011), 746.

LH n.320

que no es un hombre tan seguro y prepotente como parecía al inicio (9,17), sino mucho más inseguro, más necesitado de ayuda. Ha dejado de actuar como quien tiene autoridad, como quien exige, y ha adoptado una actitud de sumisión, de subordinación, de necesidad: se ha abajado.

Ha entrado en el juego de Jesús, enfrentando sus propios problemas y asumiéndolos: ha admitido su responsabilidad en esta historia. El padre refleja ahora, mejor que antes, la realidad ambigua y compleja que somos todos: confiados y desconfiados, creyentes e increyentes, seguros e inseguros, poderosos y débiles, autoritarios y serviles... Ha reconocido la verdad.

En otras palabras, la desconfianza, la increencia, la inseguridad, la debilidad, la duda... no alejan de Dios, al contrario; su negación, como hacía al principio el padre, sí le alejaba de la verdad y provocaba víctimas en los que tenía alrededor; la aceptación de todo eso negativo que somos, el reconocimiento y la plegaria, la petición de ayuda para acogerlo, es lo que sana.

La curación del niño parece un fracaso porque “quedó como muerto” (9,26). Pero Jesús lo toma de la mano, lo levanta y él se pone en pie (como la hija de Jairo). El niño ha asumido su vida a pesar de las apariencias de muerte (“de pie”); el padre ha aceptado su libertad y autonomía. La curación del padre se ha completado.

Acompañar a las familias de los enfermos como Jesús es, al menos en parte, facilitar el descubrimiento y la expresión de la historia de dolor, invitar a asumir el protagonismo que toca, no caer en la autocompasión ni en el autoengaño o en las manipulaciones emocionales que pueden llevar asociadas la enfermedad, como el padre de este niño.

La duda, la inseguridad, la desconfianza, forman parte de la vida de quien acompaña al enfermo: Jesús ayuda a no ignorar toda esa parte de la vida, que es verdad, y ahondar en

sus posibilidades y a no dejarse tentar por las soluciones fáciles, sino asumir el camino de la humildad y la misericordia, que son las que liberan.

4/

Conclusión

Los personajes menores de estos relatos representan el mundo que rodea a la enfermedad, a los enfermos: son personas que han experimentado la enfermedad, más que en carne propia, en otros muy cercanos, familiares. Todos se han acercado a Jesús superando dificultades propias y ajenas, haciendo frente con valentía a los prejuicios, las barreras, las exclusiones (especialmente las de la institución y la creencia religiosa).

Todos han demostrado coraje y confianza en Jesús más allá de lo obvio, de lo esperado, de las convenciones. Todos eran víctimas de tradiciones construidas por los hombres en nombre de Dios.

Y en todos los casos la confianza en Jesús les ha enfrentado con esa realidad y les ha dado fuerza para cambiarla; todos han comprendido que la confianza en Jesús es una invitación para todos y que para que despliegue la vida que ofrece, hay que superar y romper barreras que ponemos las personas. Todas pueden ayudarnos a descubrir nuestra realidad como Dios la contempla.

